

Cuartas Jornadas Nacionales de Historia Antigua

III Jornadas Internacionales de Historia Antigua

La memoria cultural de la Roma tardorrepública en M. T. Cicerón

Marta Sagristani
Universidad nacional de Córdoba

La “memoria cultural” es un concepto historiográfico de uso relativamente reciente en las Ciencias Sociales¹, y especialmente en la Historia², que se nutre del planteo teórico sobre la memoria histórica, formulado, entre otros, por Pierre Nora³. Uno de los aspectos más relevantes de la memoria cultural es el hecho de que nos enfrentamos a un recuerdo de épocas remotas, que se reactualiza en el discurso y la representación del pasado por parte de aquellos historiadores que buscan construir el relato de los orígenes para resignificar la realidad del presente en el que viven. Si nos proponemos recuperar la memoria cultural de la Roma tardorrepública, debemos revalorizar el significado histórico de la producción historiográfica del siglo I a.C. encarando la lectura de las fuentes de este período desde una perspectiva diferente, que incluya la posibilidad de rescatar la memoria oral de la sociedad, recogida en la tradición literaria que mantenía el recuerdo de un pasado glorioso. En el presente artículo analizaremos el corpus ciceroniano y, en particular, *de Re publica*, con el fin de indagar de qué manera Marco Tulio Cicerón, un escritor que expresa la ideología de la elite dominante, construye el relato sobre los orígenes de Roma⁴.

Cuando Cornell afirma que las fuentes literarias son el testimonio más importante para el estudio de la historia de la Roma arcaica, plantea sus reservas, ya que la producción historiográfica denominada por los estudiosos de forma genérica como “tradición literaria”, reúne una serie de narraciones plagadas de versiones legendarias que no pueden ser tomadas como un verdadero relato histórico. Estos testimonios componen un *corpus* heterogéneo y fragmentario, teñido de un fuerte contenido ideológico, que en realidad representa *lo que los romanos de las épocas*

¹ Maurice Halbwachs: *Les cadres sociaux de la mémoire*, Paris: F. Alcan, 1925; *La mémoire collective*, Paris: Presses universitaires de France, 1950. Discípulo de Émile Durkheim, fue reconocido mucho tiempo después de su muerte por sus aportes a las ciencias sociales dando lugar en las últimas décadas a numerosos estudios sobre la memoria. Creador del término *memoria colectiva*, dándole al concepto una dimensión social para distinguirla de la *memoria individual*.

² Assmann Jan: *Das kulturelle Gedächtnis, Schrift, Erinnerung und politische Identität in frühen Hochkulturen*. München 1997. Especialista en egiptología, crea el concepto de “memoria cultural”, para describir el fenómeno de la memoria en las sociedades antiguas.

³ Nora, Pierre: *Faire de l'histoire* (dir.), con Jacques Le Goff, Gallimard, Bibliothèque des Histoires, París, 1974; *Les Lieux de mémoire* (dir.), Gallimard (Bibliothèque illustrée des Histoires), París, 3 tomos (1984, 1987, 1992); *Essais d'ego-histoire* (dir.), Gallimard (Bibliothèque des Histoires), París, 1986. No podemos dejar de mencionar la obra de Jacques Le Goff, *Storia e memoria*: Giulio Einaudi Editore, 50, 51, Turín 1977.; y el libro de Peter Berger y Thomas Luckmann, *La construcción social de la realidad*, Amorrortu, Bs. As. 1968.

⁴ Claudia Moatti en su libro *La raison de Rome. Naissance de l'esprit critique à la fin de la République II^e – I^{er} siècle avant Jésus Christ* (Éditions du Seuil, Paris, Octobre 1997, p. 15) señala que durante el Principado se toma como referentes a los eruditos que fueron pioneros durante la República, y esto se continúa durante el siglo V de nuestra era, en la obra San Agustín, quien cita a Varrón, Salustio y Cicerón, “ce n'est pas s'element parce qu'ils furent de grands écrivains, mais parce qu'ils ont fixé la mémoire de la cité”.

*tardorrepublicana e imperial sabían o creían saber acerca de su pasado*⁵. Los historiadores romanos que se dedicaron a escribir entre los siglos II y I a.C. sobre los orígenes de Roma no contaban, como los griegos, con una información abundante sobre su propio pasado, surgida de la tradición oral y recopilada luego en textos escritos. En líneas generales, podemos decir que los historiadores que escribieron durante esta época se nutrieron de tres vertientes. Por un lado, de la tradición historiográfica griega, que se había ocupado de los romanos sólo de manera tangencial y los tomaba como parte de los pueblos bárbaros, incorporándolos al universo griego desde una perspectiva helenocéntrica⁶. Por otro lado, de la tradición familiar, transmitida en forma oral de generación en generación, por los miembros de las *gentes* patricias, que buscaban reafirmar su posición social dominante, construyendo un relato que exaltaba la virtud y el valor que habían mostrado sus antepasados en las diversas guerras emprendidas con el fin de extender las fronteras de la ciudad. Esta práctica se da en el marco más amplio de la tradición oral de mitos y leyendas, cuya procedencia se remonta a los primeros tiempos de formación de la ciudad. En un principio, los dos héroes fundacionales, Eneas y Rómulo, aparecían en las leyendas emparentados de manera confusa y contradictoria, pero ya a fines del siglo III, cuando se establecieron nuevas coordenadas cronológicas, que produjeron una distancia temporal entre la caída de Troya y la fundación de Roma, los vínculos se “clarifican” de manera artificial, colocando a Rómulo en la línea directa de descendencia de la dinastía de Alba, creada por el héroe troyano⁷.

Finalmente, los historiadores contaban con la información oficial recogida en los Anales máximos, crónicas oficiales en las que se registraban anualmente todas las actividades de interés para el Estado. En *de Legibus*, Cicerón hace una referencia crítica a los escritos de los cronistas que lo precedieron, a quienes despectivamente llama *mezquinos amanuenses Latinos (librariolis Latinis, de Leg., I, 2, 7)* por la aridez de su estilo, producto de su apego a una de las fuentes de las que se habían nutrido, los *annalis pontificium maximorum*⁸.

“Porque, después de los Anales de los pontífices máximos, que son la cosa más insulsa del mundo, si pasas a Fabio o a aquel Catón de quien siempre

⁵ Cornell, T. J., *Los orígenes de Roma c. 1000-264 a. C.*, traducción castellana de CRÍTICA, Barcelona 1999, p.17.

⁶ El escaso interés de los griegos por el pueblo romano se mantuvo por lo menos hasta el momento en que Roma comenzó su expansión por Italia y se volvió una amenaza para las colonias ubicadas al sur de la península.

⁷ Jorge Martínez-Pinna, en la Introducción a “La prehistoria mítica de Roma” (*Gerión*, Anejo 2002 11-15, ISBN 84-95215-39.X ISSN 1576-2564, p. 12) considera que en este proceso de inclusión de los pueblos bárbaros al universo griego, Roma no podía ser la excepción, “de manera que en época relativamente temprana, comienzan a operar las especulaciones griegas para integrar al mundo romano, y por tanto también latino, en su propio universo. La aportación fundamental de los griegos a la interpretación del pasado más lejano del Lacio está definida por la figura de Eneas. A este héroe troyano se remite la primera noticia conocida en la historiografía griega acerca de Roma. Se trata de un fragmento de Helánico de Lesbos, autor poco anterior a Tucídides, que imaginaba la fundación de Roma como obra de Eneas”

⁸ Incluso, más adelante pone en boca de su hermano Quinto la argumentación de que es su obligación escribir una historia de los orígenes y no contemporánea, porque la “remota está descrita de suerte que ni se puede leer” (*de Leg.*, I, 3, 8-9). También en *de Orat.* 2.52, se refiere al estilo árido de los primeros historiadores romanos, modelado por las crónicas oficiales.

hablas, a Pisón, a Fanio o Venonio, aunque cada uno de ellos supere al anterior, con todo ¿hay algo más árido que todos ellos juntos? Celio Antípato, contemporáneo de Fanio, elevó algo el tono y tuvo más estilo, todavía tosco, es verdad, y, por tanto, áspero, sin brillo ni arte, pero pudo, sin embargo, aleccionar a los otros para que escribieran mejor. A pesar de ello, vinieron entonces como sucesores, Gelio, Clodio, Aselión, que nada recuerdan a Celio, sino la falta de expresión e inepticia de los antiguos” (Cicerón, *de Leg.*, I, 2, 6).

Todos los pueblos, tanto en la antigüedad como en el mundo contemporáneo, buscan reforzar su identidad conectándose con su pasado, sea éste real o imaginario, valorando y respetando sus tradiciones originarias. En la etapa de la oralidad, cuando todavía no habían incorporado aún la práctica de la escritura, esta tarea se cumplía mediante la transmisión, de generación en generación, de los mitos y leyendas que hablaban de los orígenes. En el caso de Grecia, este proceso de reconstrucción colectiva de la memoria histórica se pudo reconstruir con facilidad, pues los investigadores cuentan con numerosas fuentes que acreditan la existencia de la transmisión oral de acontecimientos del pasado. Los griegos, como queda atestiguado en la obra homérica, reproducían de forma oral y mediante un proceso conciente de selección, las normas y valores apreciados por su sociedad, para educar a las nuevas generaciones⁹. En el ámbito de la historia de Roma, los investigadores nos enfrentamos a una realidad mucho más compleja, pues no existen testimonios directos de la existencia de una tradición épica oral en tiempos de la República temprana, que permitan conocer como se dio el tránsito de la oralidad a la escritura y la manera en que este pueblo sostenía viva la memoria cultural de su pasado remoto. Pero esta dificultad no debe llevarnos al error de pensar que los romanos se limitaron a copiar los hallazgos de la cultura griega, debido a la cercanía de sus colonias ubicadas al sur de Italia¹⁰. Esto nos obliga a rastrear indicios de como se dio el proceso de construcción de la memoria durante la República tardía, período en el que si contamos con una abundante producción historiográfica.

La identidad colectiva es una representación construida por un grupo a partir de la selección de las características comunes que pueden contribuir a afianzar su unión, resaltando las semejanzas al interior del mismo y marcando las diferencias con los otros, mediante un discurso legitimador¹¹. Es muy probable que los patricios, apoyándose en una ideología exclusivista que justificaba su control del poder, se hayan ocupado de recordar los triunfos de la guerra y el heroísmo en las

⁹ Ana Rodríguez Mayorga (*Gerión*, 2007, 25-2, p. 107) considera que “...uno de los pioneros en el estudio de la dinámica de las sociedades orales y de su transformación como consecuencia de la adopción de la escritura fue precisamente E. A. Havelock, historiador del mundo heleno que reinterpretó la *Iliada* homérica como una ‘enciclopedia tribal’ destinada a la educación oral de las jóvenes generaciones en la Grecia pre-literaria” y cita su *Preface to Plato*, Cambridge, M. A., 1963, donde el autor desarrolla en profundidad esta idea.

¹⁰ Rodríguez Mayorga, Ana, op. cit., pp. 108-111.

¹¹ Como sostiene Jöel Cadaux en su libro *Memoria e identidad* (2008, p.23), “la identidad (cultural o colectiva) es una representación... los individuos se perciben, se imaginan como miembros de un grupo y producen diversas representaciones en cuanto al origen”.

batallas, celebrando la gloria de sus antepasados, que habían luchado de manera heroica y virtuosa por defender a su patria. Como sostiene Claudia Moatti¹², en los primeros tiempos de la República, la conservación de la memoria era un privilegio de las *gentes* patricias y, aunque los testimonios no son muy abundantes, contamos con algunas referencias en las fuentes de la existencia de la práctica aristocrática de recordar con poemas y canciones las hazañas de sus héroes. Un ejemplo lo constituye Cicerón:

“Catón, la autoridad de más peso, afirmaba en sus *Orígenes* que nuestros antepasados tenían por costumbre en los banquetes que los comensales cantaran por turno, con acompañamiento de flauta, las proezas y virtudes de los hombres ilustres” (Cicerón, *Tusc.*, 4, 3)

Con la adopción de la escritura, esta tarea ya no se limita al ámbito privado, se vuelve pública y se universaliza. Pero, si bien el uso de la palabra escrita cumple una función de democratización social, a la vez ayuda a reforzar y consolidar el poder establecido.

Entre los siglos II y I a. C., cumplida la parte más importante de la expansión y fortalecimiento de Roma como potencia hegemónica en el Mediterráneo, y al haber entrado en contacto con una gran diversidad de pueblos y culturas, surge en los romanos la urgencia imperiosa de construir su propia identidad, lo que da lugar a una actividad consciente y reflexiva para repensar su pasado¹³. A partir de los sucesivos éxitos militares, los romanos sienten la necesidad de justificar la política expansionista, proporcionando a los ciudadanos y al mundo una historia escrita que enlace la estrategia de la guerra permanente del presente, cuyo objetivo es el dominio universal, con un pasado en el que Roma ponía en práctica una estrategia defensiva¹⁴, justificada en la teoría del *bellum iustum*¹⁵.

Si bien Cicerón nunca llegó a escribir una obra completamente dedicada a la historia de Roma, desarrolla en el libro II de *de republica* una apretada síntesis de los orígenes de la ciudad

¹² Moatti, Claudia: “La construction du patrimoine culturel à Rome aux I^{er} siècle après J. C.”, en *Memoria e identità. La cultura romana costruisce la sua immagine*, a cura di Mario Citroni, Università degli Studi, Florencia 2003; *La raison de Rome*, op. cit, p. 16.

¹³ Moatti, Claudia: *La raison de Rome. Naissance de l' esprit critique à la fin de la République (II^e – I^{er} siècle avant Jésus Christ)*, Éditions du Seuil, Paris, Octobre 1997, p. 15: “Entre le II^e et le I^{er} siècle, alors qu’ils entrent brutalement en contact avec les peuples plus divers, notamment avec la Grèce, les Romains se tournent vers leur propre passé; ils ‘inventent’ leur tradition, l’établissent de manière théorique et critique grâce à un travail gigantesque de mémorisation mais tout autant d’oubli ou de sélection, ils l’inscrivent dans une nouvelle logique unificatrice, restituant, avec plus o moins d’exactitude, une chronologie détaillée, élaborant aussi ses lieux communs, ceux qui, à quelques variantes près, seront compris jusqu’à la Renaissance et repris par elle: à partir du Principal, ce n’est plus à la tradition elle-même qu’on se réfère, mais aux érudits qui l’ont fixée”

¹⁴ Cicerón (*De Rep.* III, 35): “... Injustas son las guerras que han sido emprendidas sin causa; pues, fuera de la causa de vengarse o de rechazar a los enemigos, ninguna guerra puede hacerse como justa... Nuestro pueblo, en cambio, defendiendo a sus aliados, se ha apoderado ya de todas las tierras...”

¹⁵ La reivindicación de un Estado fuerte y beligerante estuvo presente desde siempre en el imaginario colectivo romano. En los relatos míticos que narran los orígenes de la ciudad se puede observar como la violencia, puesta en práctica por Roma para desarrollarse como un Estado hegemónico en la región, jugó un rol predominante en las relaciones que estableció con los pueblos vecinos. Como sostiene Paula Botteri (Botteri, 1989, p. 91) sobre el mito de Rómulo y Remo: “Rome réinscrit alors sa fondation mythique sous le signe du fratricide, métaphore privilégiée de la *stasis*.”

tratando de despojar su relato de contenidos legendarios, pues tenía muy claro cuales eran las reglas del método histórico, bien diferente de las narraciones poéticas, en las que se podían encontrar *innumerabiles fabulae* (*de leg.*, I, 1, 5). El relato sobre el pasado no tiene un valor en si mismo sino que se lo trae a la memoria para resignificarlo y explicar, o mejor, legitimar, una realidad presente. En este sentido debe entenderse la incorporación de los mitos y leyendas que hablan de los orígenes del pueblo y la ciudad en las obras históricas romanas como continuación de la memoria cultural de la Republica. En el discurso tardorrepublicano se recurre a la memoria histórica para salvar la tensión entre un pasado de gloria, donde imperaban la *virtus* y la *laus*, con un presente de crisis, expresado en el progresivo deterioro institucional y el abandono de los valores éticos de los antepasados, reemplazados por el interés desmedido por acumular tierras, dinero y poder. La supervivencia de Roma a través de los siglos se presenta asociada a la supuesta superioridad de sus valores morales, comprendidos en el *ethos* aristocrático plasmado en el *mos maiorum* y a la firmeza y estabilidad de sus instituciones. Cicerón se ocupa de revalidarlos en *de re publica*, apoyándose, para explicar esta permanencia, en la perfección de la constitución política, con argumentos que no buscan una explicación histórica sino una ratificación de los valores originarios¹⁶ que preconizaban la *concordia ordinum: aequabilitatem* basada en los distintos grados de *dignitas*, y *firmitudinem*, que garantiza la autorregulación de un sistema político intrínsecamente jerárquico:

“Esta organización [la república] tiene primeramente una gran igualdad, de la que difícilmente pueden carecer los hombres libres por mucho tiempo; en segundo lugar, estabilidad, pues, por una parte, aquellos primarios fácilmente se convierten en los vicios contrarios, de modo que de un rey surge un tirano, de los optimates una facción, del pueblo el desorden y la confusión; y, por otra parte, los géneros mismos de gobierno a menudo son reemplazados por nuevos géneros; sin grandes vicios de los dirigentes por lo común no sucede esto en esta forma de gobierno compuesta y moderadamente mezclada. En efecto, no hay causa de revolución donde cada cual está colocado firmemente en su grado y no hay nada por debajo a donde precipite y caiga” (Cicerón, *De re pvblica*, I, XLV, 69)

Cicerón concibe la *respublica* como un ejemplo concreto de la realidad histórica de Roma: su constitución es superior a la de otros pueblos porque no surgió de la acción de individuos aislados sino que fue producto de una experiencia colectiva. En este sentido, forma parte de la tradición historiográfica que presenta la fundación de Roma como un fenómeno gradual: el Estado

¹⁶ Cicerón, *De re pvblica*, I, XLVI, 70: “...que de todas las formas de gobierno, ninguna debe compararse, o en su organización, o en su distribución, o en su disciplina, con aquella que, recibida desde entonces de sus mayores, nuestros padres nos dejaron”; I, XLVII, 71: “Entonces Lelio: Tuya es en verdad, Escipión – dijo – y de ti solo. ¿Quién, en efecto, hablaría mejor que tú o acerca de las instituciones de los mayores, proviniendo tú mismo de nuestros más esclarecidos mayores, o acerca del mejor tipo de régimen (y si lo tenemos – aunque ni siquiera ahora -, ¿quién podría en tales circunstancias ser más brillante que tú?), o acerca de las precauciones que deben tomarse para el futuro, cuando tú, habiendo arrojado los dos terrones de esta urbe, previste para todo tiempo”. Con *los dos terrones*, se está refiriendo a Cartago y Numancia, destruidas por Escipión en 143 y 133 a.C.

se había constituido a través de un largo proceso, al cual habían contribuido todos los romanos, seleccionando de manera racional los aspectos más positivos. Gracias a la suma de esta sabiduría colectiva, los romanos habían logrado alcanzar un sistema político cercano a la perfección. Al comienzo del libro II expresa con claridad su concepción sobre el origen del Estado, al que considera, no sólo como un hecho natural, consecuencia del instinto que impulsaba a los humanos a asociarse, sino también como una acción consciente y reflexiva, producto de la sabiduría del pueblo romano, almacenada a través de un largo proceso¹⁷. Cicerón ya plantea en el libro I, que el Estado no nació de un hecho aislado y azaroso, sino que fue producto del reconocimiento por parte de los hombres de que constituían una comunidad de intereses¹⁸. Pero, a pesar de que sostiene que Roma no surgió de un acto singular ni arbitrario, sino que respondió a una acción conciente y plural, al referirse a los orígenes de la ciudad y el pueblo romano incorpora a su relato el mito etiológico que adjudica a Rómulo esa tarea. La razón de la inclusión de la leyenda fundacional no representa una contradicción en el pensamiento ciceroniano, sino que está reflejando la prioridad de la memoria cultural de los romanos acerca de este héroe cultural¹⁹. Para Cicerón, como para toda la tradición literaria, Rómulo no fue sólo el héroe fundador de la ciudad y padre de la constitución romana, sino quien al mismo tiempo organizó el cuerpo social y le dio las pautas de su vida política y los órganos de su gobierno²⁰. Según la tradición, esta inconmensurable tarea sólo podía responder a la acción divina, y Cicerón se hace eco de ella:

“... (Concedamos, en efecto, a la tradición de los hombres, sobre todo a una no sólo inveterada sino también sabiamente transmitida por nuestros mayores: que se consideraba que los que han merecido bien de sus comunidades eran no sólo de ingenio sino también de linaje divino);...²¹

¹⁷ Cicerón, *De re pvblica*, II, 2: “El solía decir [Catón el Viejo] que la organización política de nuestro Estado supera a los demás Estados por esta causa, porque en ellos fueron por lo común individuos quienes establecieron, cada uno, su constitución mediante leyes e instituciones; por ejemplo, la de los cretenses, Minos; la de los Lacedemonios, Licurgo; la de los atenienses, que muchísimas veces fue cambiada, primero Teseo, luego Dragón, después Solón, en seguida Clístenes, y luego muchos otros; por último, exangüe ya y yaciente el Estado, lo sustentó un varón docto, Demetrio de Falero; en cambio, nuestra constitución no fue establecida por el ingenio de uno solo, sino por el de muchos, y no en una sola vida de un hombre, sino en algunos siglos y edades; pues decía que ni había surgido un genio tan grande como para que alguna vez hubiera existido alguien a quien ninguna cosa se le escapara, ni todos los genios aplicados a una sola tarea podían prever tanto en una sola época como para que lo abarcaran todo sin la experiencia de las cosas y una larga duración”

¹⁸ Cicerón, *De re pvblica*, I, XXV, 39: “Es, pues – dijo el Africano -, la *res publica*, la ‘cosa del pueblo’, y el *pueblo*, no toda agrupación de hombres congregada de cualquier manera, sino la agrupación de una multitud, asociada por un consenso de derecho y la comunidad de intereses”

¹⁹ Rodríguez Mayorga, Ana, op. cit., p. 126: “Prácticamente todas las etiologías que se conservan en la historia de Roma pertenecen a los orígenes o, cuando menos, al pasado lejano de la ciudad, lo que en realidad está indicando que no son el producto de cierta tendencia literaria, sino el reflejo de la memoria oral de Roma. En efecto, una de las características de la memoria oral es su obsesión por explicar y dar sentido a la situación presente en la que vive una comunidad, hasta el punto de que en realidad no existe un concepto específico de pasado, sino que se recurre a él de forma exclusiva para hacer comprensible el presente”

²⁰ Repartió al conjunto de los ciudadanos en tres tribus, *Ramnes*, *Titius*, *Luceres*, a las que subdividió en treinta curias, a razón de diez por tribu (Cicerón, *Rep.* II, VIII, 14) y una vez organizado el cuerpo ciudadano, a la muerte de Tacio, rey de los sabinos, quien gracias al tratado de sumisión compartía el trono con Rómulo, éste pasa a detentar la autoridad suprema, secundado por el consejo de los Padres

²¹ Cicerón, *De republica*, II, I, 4.

En este párrafo Cicerón rescata la tradición romana sobre el origen divino de la ciudad, aunque en realidad para él es la razón²², cualidad que los hombres comparten con los dioses, lo que los ha llevado a unirse y formar sociedades políticas, las repúblicas, en armonía con el orden divino²³. Utiliza el verbo “concedamos” y, a lo largo del mismo párrafo, al narrar la legendaria obra de Rómulo, introduce las expresiones “se dice que”, “se afirma que”, y en un momento acota “para que vengamos ya, de las fábulas a los hechos “, como una clara alusión de que prima en él el pensamiento racional. La decisión de encarar la narración de los orígenes de Roma desde esta perspectiva crítica de las tradiciones mitológicas queda explicitada de entrada, cuando advierte al lector que su relato no se va a apoyar en una versión idealizada al estilo platónico sino que va a dar cuenta del proceso histórico²⁴. Incluso Cicerón busca historizar su relato, con la intención de “humanizar” al héroe mitológico, dándole una existencia real, para lo cual recurre a una cronología tentativa, extraída de los anales griegos, que ubican la fundación de Roma en el segundo año de la séptima olimpiada, que tuvo lugar en el año 750 a. C.. Además explica que el tiempo del reinado, de Rómulo entre los años 753 y 716 a. C., “coincidió con la época en que Grecia ya estaba llena de poetas y músicos y se tenía menor fe en las fábulas, a excepción de las cosas antiguas”²⁵. Asimismo, se encarga de aclarar que sus fuentes provienen de una época histórica en la cual:

“ya doctos los hombres e instruidos los tiempos mismos, apenas había alguna ocasión para inventar. En efecto, la antigüedad aceptó fábulas, inclusive inventadas a veces en forma desordenada; en cambio, esta edad ya culta, que se mofaba especialmente de todo lo que no podía ocurrir, las rechazó”. (Cicerón, *De re pvblica*, II, X, 19)

Esta “racionalidad” en el discurso de Cicerón, que manifiesta una idea crítica de la tradición literaria que lo precede, expresa, como sostiene Claudia Moatti en la introducción de su libro *La raison de Rome*, una corriente de pensamiento nueva, que se perfila, entre los siglos II y I a. C., como una ruptura con el pasado, que cita a los “eruditos anticuarios” como a los pioneros de la República, con lo cual recupera la memoria histórica de la ciudad, pero que a la vez propone la

²² Moatti, Claudia, *La raison de Rome*...op. cit., p. 13: “Le mot latin, *ratio*, sur lequel se sont formée les raison des langues romanes, recouvre assurément presque tous les sens du prestigieux *logos*, mias ni la philosophie, ni l’expérience politique, ni la science n’ont eu à Rome la même histoire qu’en Grèce. Sans doute, les emplois philosophiques et réthoriques de ce trme se sont considérablement développés entre le II^e et le I^{er} siècle, mais le ens originel de ‘compte, calcul’ ne disparaît jamais de son histoire”.

²³ Cicerón, *De re pvblica*, VI, XIII, 13: “En efecto, para ese dios supremo, que rige el mundo entero, nada, al menos de lo que se hace en la tierra, es más aceptable que las comunidades y agrupaciones de hombres asociadas por el derecho, que se llaman Estados”

²⁴ Cicerón, *De re pvblica*, II, I, 3: “Y más fácil conseguiré lo que me he propuesto, si os muestro nuestra propia República tanto naciente como creciente y adulta, así como firme ya y robusta, que si yo mismo forjo una como Sócrates en Platón”.

²⁵ Cicerón, *De re pvblica*, II, X, 18.

construcción de la identidad romana en el marco de un nuevo orden lógico, que reconoce la influencia de la filosofía griega aunque la supera en varios aspectos²⁶.

Para finalizar, señalaremos algunos ejemplos de la reconstrucción de la memoria histórica de los orígenes en Cicerón. Cuando hace mención a que Rómulo fundó la ciudad luego de haber tomado los auspicios, expresa:

“Además, costumbre que conservamos hoy con gran bienestar de la *rei publicae*, Rómulo se mostró muy obediente a los auspicios. Pues, por una parte, él mismo fundó la urbe después de haber tomado los auspicios, lo cual fue el principio de nuestra *rei publicae*; por otra parte, escogió augures, uno de cada tribu, que lo acompañaran en los auspicios al empezar todos los actos públicos” (Cicerón, *De re pvblica*, II, IX, 16)

Aquí Cicerón está dando cuenta de una práctica usual por parte de la élite dirigente durante la República tardía, que sabía como manipular la religión en beneficio de la estabilidad del sistema político²⁷, ya que los *auspicia* podían emplearse tanto para invalidar la elección de un magistrado opuesto a la *nobilitas*, como para poner fin a las asambleas populares que fueran a aprobar leyes contrarias a sus intereses. Encontramos otro ejemplo en el mismo párrafo, cuando menciona, como al pasar, la instauración de la clientela por parte de Rómulo

“Y tuvo a la plebe distribuida en las clientelas de los principales (de cuánta utilidad haya sido esto, después lo veré)” ((Cicerón, *De re pvblica*, II, IX, 16)

Cicerón hace referencia a una práctica social originaria, pero de uso generalizado en su tiempo. Sólo decir que, a nuestro entender, esto es un ejemplo de la manipulación política de la memoria histórica, pues la inclusión, en el relato de los orígenes de la ciudad, de una práctica social no institucionalizada, atribuyendo su sanción al héroe fundador, no es más que una forma de legitimar una situación de hecho del presente (en su época Roma ya estaba completamente atravesada por vínculos clientelares que permeaban todas las relaciones sociales) recurriendo a un pasado remoto. Así mismo, cuando Cicerón relata que, desde los orígenes de la ciudad-estado, Rómulo puso en práctica esta estrategia de asimilación étnica y política²⁸, lo que para él es una expresión de la sabiduría del pueblo romano, está valorando la superioridad romana y marcando la

²⁶ Moatti, Claudia, *La raison de Rome...op. cit.*, pp.15-20; p. 52: “Cicerón voyait le pire dès années 60 – ‘l’État est mort’-, mais refusait de se laisser aller à l’irrationalité de quelques néo-pythagoriciens ou aux folles superstitions de l’époque”.

²⁷ Cicerón fundamenta que los auspicios son importantes “para que muchas asambleas inútiles sean retrasadas por dilaciones dignas de aprobación, agregando que muchas veces los dioses inmortales reprimieron por medio de los auspicios el ímpetu injusto del pueblo” (*de legibus* III, 27).

²⁸ Cicerón, *De re pvblica*, II, VII, 12: “... para fortalecer el nuevo Estado, siguió un plan nuevo y algo rústico, pero para asegurar el poder de su reino y de su pueblo, propio de un gran hombre y muy previsor ya desde entonces, cuando ordenó que las vírgenes sabinas nacidas de noble cuna ... fueran raptadas y las unió por medio de matrimonio a las familias más distinguidas.”; 13: “Como por este motivo los sabinos hubiesen llevado a la guerra a los romanos y la contienda del combate hubiera sido varia y dudosa, concluyó un tratado con Tito Tacio, rey de los sabinos, pidiéndolo las matronas mismas que habían sido raptadas. Con base en este tratado no sólo admitió a los sabinos en la ciudadanía, hechos comunes los ritos sagrados, sino que compartió el trono con el rey de ellos”

gran diferencia con los mitos fundacionales de las ciudades griegas, muy celosas a la hora de conceder la ciudadanía a los extranjeros (y sobre todo a los esclavos manumitidos), y obsesionadas además con la pureza y continuidad de sus orígenes²⁹.

Podríamos continuar citando ejemplos, pero excederíamos los límites impuestos para el presente trabajo. Sólo nos resta concluir que Cicerón incorpora al relato histórico el tratamiento de los orígenes de la ciudad, incluyendo los mitos etiológicos, no con una finalidad retórica o literaria sino porque éstos reflejan la memoria oral de Roma. Cicerón se enfrenta a una sociedad en crisis y su preocupación gira en torno a lo que es necesario conservar del pasado, recuperando los valores de los que es depositaria su generación, para transmitirlos a las generaciones futuras³⁰. Esta nueva aproximación a la tradición histórica, con la intención de recuperar la memoria cultural desde una mirada crítica, para dar un sentido al presente y hacerlo más comprensible para sus contemporáneos, muestra que en Roma algo está cambiando en el plano intelectual.

Bibliografía consultada

- Ampolo, Carmine: “Le origini di Roma e la “Cité antique”. In: *Mélanges de l'École Française de Rome. Antiquité* T. 92, N° 2. 1980. pp. 567-576.
- Assmann, Jan: *Das kulturelle Gedächtnis, Schrift, Erinnerung und politische Identität in frühen Hochkulturen*. München 1997.
- Botteri, P. “Stasis: le mot grec, la chose romaine”. In: *Métis. Anthropologie des mondes grecs anciens*. Vol. 4, n° 1, Paris. P. 87-100. 1989.
- Cornell, T. J., *Los orígenes de Roma c. 1000-264 a. C.*, traducción castellana de CRÍTICA, Barcelona 1999.
- Halbwachs. Maurice: *Les cadres sociaux de la mémoire*, Paris: F. Alcan, 1925.
- Halbwachs. Maurice: *La mémoire collective*, Paris: Presses universitaires de France, 1950.
- Nora, Pierre: *Faire de l'histoire* (dir.), con Jacques Le Goff, Gallimard, Bibliothèque des Histoires, París, 1974.
- Nora, Pierre *Les Lieux de mémoire* (dir.), Gallimard, Bibliothèque illustrée des Histoires, París. 1984, 1987. 1992.
- Moatti, Claudia: *La raison de Rome. Naissance de l'esprit critique à la fin de la République (II^e – I^{er} siècle avant Jésus Christ)*, Éditions du Seuil, Paris, Octobre 1997.

²⁹ Quizá el caso más paradigmático de esta construcción ideológica sobre los orígenes “puros” lo constituya la *polis* ateniense, para cuyos ciudadanos el mito de la autoctonía era una clara manifestación del sentimiento de superioridad que los hacía sentirse únicos y por encima de los demás pueblos, griegos y no griegos. Este mito, sin ninguna base real, les permitió alimentar la creencia de ser un pueblo autóctono (“nacido de la tierra”), que había ocupado desde siempre el Ática y que no había desposeído de sus tierras a sus primeros ocupantes, como el resto de los griegos. Ver Sinclair R. K.: *Democracia y participación en Atenas*, Alianza Editorial, Madrid 1999. pp. 36-37.

³⁰ Cicerón, *De resp.* V, I., 2: “Nuestra edad, en cambio, habiendo recibido la república como una pintura egregia que, empero, ya se estaba desvaneciendo por su larga duración, no sólo se descuidó de renovarla con los mismos colores que había tenido, sino que ni siquiera se preocupó por esto: conservar al menos su forma y, por así decirlo, sus primitivos lineamientos. En efecto, ¿qué permanece de las viejas costumbres por las cuales aquél dijo que duraba el Estado romano? Las vemos de tal manera envejecidas a causa del olvido, que no sólo no se las cultiva, sino que son ya ignoradas. Pues, ¿qué diré de los hombres? En efecto, las costumbres mismas desaparecieron por la escasez de hombres, y de este mal tan grande debemos no sólo dar razón, sino también, en cierta forma, como reos de un crimen, presentar nuestra defensa. En efecto, a causa de nuestros vicios, no alguna casualidad, conservamos la república en cuanto a la palabra, pero en cuanto a la realidad misma la perdimos.”

- Moatti, Claudia: “La construction du patrimoine culturel à Rome aux I^{er} siècle après J. C.”, en *Memoria e identità. La cultura romana costruisce la sua immagine*, a cura di Mario Citroni, Università degli Studi, Florencia 2003.
- Nora, Pierre *Essais d'ego-histoire* (dir.), Gallimard (Bibliothèque des histoires), París, 1986.
- Pina Polo, Francisco: “*Mos Maiorum* como instrumento de control social de la *nobilitas* romana”, *Páginas*, Revista Digital de la Escuela de Historia, UNR. Año 3 N° 4 Rosario 2011
- Rodríguez Mayorga, Ana: “La memoria cultural de Roma: el recuerdo oral de los orígenes”, *Gerión*, 2007, 25-2, 105-130.
- Sinclair R. K.: *Democracia y participación en Atenas*, Alianza Editorial, Madrid 1999